

señor! ¡Dejar entre ellos a un extraño es como dejarle en compañía de una manada de tigres!

—No suelen meterse con quienes están quietos —advirtió Heathcliff.

—Los perros hacen bien en vigilar. ¿Quiere usted un vaso de vino?

—No; gracias.

—¿Le han mordido?

—Si me hubiesen mordido habría visto usted en el culpable las señales de mi réplica.

Heathcliff hizo una mueca.

—Bueno, bueno... —dijo— Está usted algo excitado, señor Lockwood. Beba un poco de vino. Se reciben tan pocos invitados en esta casa que, lo confieso, ni mis perros ni yo sabemos casi cómo recibirles. ¡A su salud!

Correspondí al brindis y me tranquilicé considerando que resultaría estúpido enfurecerme por la agresión de unos perros cerriles. Por lo demás, se me antojaba que aquel sujeto empezaba a burlarse de mí, y no me pareció bien concederle otro motivo de mofa. Él, por su parte —pensando probablemente que constituiría una locura ofender a un buen inquilino—, suavizó un tanto el laconismo de su conversación, y comenzó a tratar de las ventajas y desventajas de mi nuevo